

## CONFERENCIA TERCERA.

---

### EL PROGRESO POR LA HUMILDAD.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

Los santos, producto espontáneo y fruto inmortal del verdadero cristianismo, son los mas grandes hombres de la humanidad; y su grandeza es una grandeza esencialmente ordenada con respecto al fin supremo de la creacion: por consiguiente ellos son en si mismos los hombres mas realmente progresivos, porque el progreso es la grandeza en el orden. Pero la grandeza de los santos no es una grandeza aislada y sin consecuencia para la marcha del mundo moral: esta grandeza se comunica á todo lo que la toca por la accion simultánea *de la santidad sacerdotal, religiosa y popular*: y de este modo por la fuerza de las cosas los santos dan al mundo moral su mas alto y fuerte impulso, pues son los verdaderos maestros y los verdaderos conductores del progreso de la humanidad.

Yo no sé, Señores, qué es lo que me dice que os hallais convencidos de esta verdad: yo conozco que todas las almas grandes toman aquí partido por la santidad, y persuadidas y resueltas forman filas bajo la bandera de los santos para marchar adonde ellos os conducen, esto es al verdadero progreso del mundo. No faltan hombres (lo sé bien) que quieren dar á la humanidad otros guias diferentes, y segun su modo de pensar ó el interes de su ambicion ponen á la cabeza del progreso filósofos, literatos, poetas, novelistas, economistas, rentistas, políticos ó guerros. No tengo dificultad en reconocer en todas las clases de hombres que acabo de citar, su parte legítima en la marcha del progreso; pero

es preciso decirlo bien alto, estos hombres, sean lo que fueren, si no son santos, no pueden marchar á la cabeza del progreso.

Señores, es ya tiempo de que lo entendais bien : la funcion sin igual de guiar la humanidad en su marcha progresiva pertenece á los santos; y les pertenece no solo de derecho divino, sino tambien de derecho natural y de derecho humano. Hágase lo que se quiera para negar la evidencia, y librarse en este particular de la soberanía de la verdad; nadie podrá contrarestar á estas dos verdades sencillas que desafian á toda negacion : la primera, que los santos son los mas grandes hombres, los hombres mas cumplidos que hay en la humanidad, y literalmente los mejores hombres; la segunda, que las funciones de guiar la humanidad y marchar á la cabeza de sus progresos pertenece de derecho á los mejores de los hombres. Estas verdades se imponen de derecho á nuestras inteligencias, del mismo modo que se impone la luz á nuestras miradas.

Pero, Señores, quedando admitido como un principio que en adelante daré por supuesto, á saber, que los santos son los verdaderos maestros del progreso, me urge entrar mas profundamente en el interior de las cosas, y buscar delante de vosotros por qué razon suprema tienen los santos este privilegio incomparable. Aquí, Señores, voy á pronunciar una palabra de la que se ha abusado mucho, y que os ruego acepteis en su sentido mas pacífico y mas saludable : tal es la *reaccion*. Sí, lo que hace que los santos marchen á la cabeza del progreso, es una reaccion animosa, perseverante, esencialmente reparadora y progresiva; la reaccion contra la concupiscencia, obstáculo á todo progreso y causa de toda decadencia. En efecto, tal es en compendio la vida de los santos. Reaccionarios dichosos, que destruyendo continuamente en sí mismos y en su derredor ese obstáculo al progreso de la humanidad, siempre antiguo y siempre nuevo, abren su marcha laboriosa pero siempre triunfante sobre las pisadas de su jefe, Jesucristo Nuestro Señor.

Para haceros entender mejor como la vida de los santos con su reaccion contra la concupiscencia destruye el obstáculo al progreso y nos saca de la decadencia, comienzo por mostraros lo que hay mas radical y mas decisivo en esta reaccion, quiero decir, la reaccion de la humildad contra el orgullo.

## I.

Señores, despues de la grande trasformacion que el cristianismo ha hecho en la humanidad, dos banderas se dejan ver levantadas perpetuamente en medio de los siglos, guiando la humanidad que las sigue á direcciones enteramente diferentes; la bandera del orgullo y la bandera de la humildad. Satanás reúne de todas partes sus legiones, legiones infernales y legiones humanas, porque bajo su bandera militan tambien hombres : legiones de ambiciosos, legiones de codiciosos, legiones de voluptuosos. Para guiarlas llama á todos aquellos que tienen una voz, una palabra, una pluma, una ciencia, un talento, un genio para poner á su servicio; y cuando han llegado les sugiere por el corazon hasta el fondo de su entendimiento este discurso digno de ellos y de él, y les dice : « Id, amigos, sed los dueños del mundo. « Poseed las riquezas, sed ricos, los mas ricos. Poseed los honores; « sed grandes, los mas grandes. Poseed los placeres; sed felices, los « mas felices. »

Ahora bien, ¿cuál pensais que es el objeto que se propone Satanás con este triple impulso que da á los suyos? Riquezas, honores, placeres, ¿son estos el término á donde va á parar el progreso de Satanás? De ninguna manera. ¿Qué busca pues con preferencia á todo esto y como término de todo? El grande abismo de la humanidad, lo que un santo llamó con mucha propiedad *superbiæ barathrum*. Sí Satanás empuja la humanidad á las riquezas, á los honores, á los placeres; pero para lograr este objeto, para precipitarla por estas tres corrientes al abismo del orgullo : *Ut demum in superbiæ barathrum deturbari queant*.

Pero mientras que esta bandera de soberbia y de orgullo da la vuelta al mundo, otra bandera se despliega en las naciones guiando la humanidad á destinos muy diferentes. Jesucristo tambien reúne sus legiones, legiones de pobres, legiones de castos, legiones de pequeños. Y hablando á aquellos que deben guiar estas legiones en la conquista que él medita, les dice : « Id, tomad posesion de las almas; renunciad « á las riquezas, sed pobres, los mas pobres; id, renunciad á los pla- « ceres, sed castos, los mas castos; id, renunciad á los honores, sed « pequeños, los mas pequeños. » Y todas estas legiones con paso ace-

lerado marchan adonde las conduce el espíritu que las impele, el espíritu cristiano, que no es otro que el soplo de Jesucristo.

Y aquí pregunto yo todavía ¿adónde va este nuevo movimiento? Pobreza, mortificación, desprecio, ¿á qué deben ir á parar esas tres compañeras de Jesucristo para hacer la voluntad del maestro y llegar á su fin? Al término supremo de todo verdadero cristianismo, á la humildad.

Tales son, Señores, las dos grandes banderas, ó bien (como las llamaba un ascético ilustre que trasportaba á los combates de su vida espiritual las imágenes tomadas de los combates de su vida militar), tales son en la humanidad cristiana los dos grandes estandartes siempre desplegados y siempre rivales, que abren la marcha á dos progresos diametralmente opuestos.

De la otra parte del Calvario el primero de estos dos estandartes aparece solo. Yo no os diré aquí los excesos de orgullo que son la historia del mundo pagano: bástame hacer constar que el movimiento de aquel mundo era en su conjunto el orgullo; el orgullo, que desde el último grado de la humanidad hasta su cumbre mas elevada hacia oír esta palabra: *Ascendam*; movimiento satánico, y por consiguiente movimiento retrógrado.

Para inaugurar en la humanidad un nuevo progreso era evidentemente necesaria una revolucion radical: era preciso invertir las perspectivas, cambiar las direcciones; era indispensable, si puedo decirlo así, mudar de su puesto el eje del mundo moral, y trocar enteramente los dos polos de la vida. La humanidad se elevaba con Satanás, y se elevaba para precipitarse: la humanidad debía descender con Jesucristo, pero descender para volverse á levantar. Los siglos paganos giraban sobre esta palabra que preludió á la primera insurreccion y á la primera caída: *ascendam*, yo subiré hasta la mas alta cumbre de todo sér. Los siglos cristianos girarán sobre esta palabra que subsistirá siempre como su inalterable quicio: *recumbe in novissimo loco*, baja hasta el último puesto. Esta palabra os hace ya presentir el plan que la marcha de la humanidad incorporada á Jesucristo va á seguir sobre los pasos de Jesucristo, y es preciso que ántes de ir mas léjos sigais aquí con la mayor atencion este movimiento que debe cambiar el mundo é inaugurar el progreso humano.

El progreso de la humanidad, segun las nociones que hemos dado anteriormente, no puede resultar sino de la imitacion de Dios por el hombre. El primer objeto de la reparacion fué la redencion del hombre por Dios: el segundo fué la imitacion de Dios por el hombre. Mas la imitacion de Dios que es el principio del progreso, podia, al desviarse, convertirse en un principio de decadencia y hasta en la decadencia misma. Esto es lo que sucedió en el cielo y en la tierra. Por dos veces distintas se ha precipitado la criatura queriendo imitar la grandeza de Dios. Yo seré semejante al Altísimo, *similis ero Altissimo*. Esta palabra fué la caída de Satanás y de los ángeles asociados á su rebelion. Vosotros seréis como Dioses, *eritis sicut Dii*; esta palabra fué la caída del hombre y de la posteridad asociada á su desgracia. Así por dos veces se ha precipitado la criatura queriendo imitar á Dios con su propia exaltacion insensata. ¿Qué hará Dios para curarnos este mal original? Él va á pedirnos todavía la imitacion suya, pero la imitacion de su propio abatimiento.

Ved aquí el designio de la reparacion humana, el plan del progreso humano, tal como fué concebido en el pensamiento de Dios y aceptado por su amor.

Y ved ahora la ejecucion. Mirad alto, Señores, ved de donde parte este movimiento que va á cambiar la marcha del mundo y las condiciones de la vida; y ved despues adonde llega para dar origen al progreso y abrir la grande era de los siglos nuevos. « En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. » ¿Lo creéis, cristianos? Sí, lo creemos. Pues bien, id ahora, buscad á este Verbo de Dios restaurador del mundo; buscad adonde cae para inaugurar el progreso. ¿Dónde le habeis encontrado? ¿en qué palacio, sobre qué trono, bajo qué púrpura, en qué cuna digna de Dios hecho hombre? *Transeamus usque Bethlehem! parvulus natus est nobis!...* Sí, en Belén, la mas pequeña de las ciudades del mas pequeño de los reinos, y en el lugar mas abatido de esta la mas humilde de las ciudades, en un establo, en el pesebre del establo, y sobre la paja de este pesebre; allí ha nacido, *parvulus natus est*, allí le hallaréis pequeño, pequeño como un niño, *invenietis infantem....* Efectivamente es él; es el reparador, nosotros le hemos encontrado: *¡héle ahí!* Despues,

todas las naciones han venido; ellas han visto, ellas han amado, ellas han adorado á Dios caído en un pesebre; y á la luz que ha surgido de esta cuna á través del espacio y de los siglos para hacer á toda inteligencia la epifanía de su divinidad, han reconocido los pueblos al Dios reparador. Para todos los que creen este misterio, todo está dicho; y hasta para los que no lo creen, todo queda manifiesto en el misterio del progreso cristiano. El progreso cristiano parte de las profundidades de Dios para llegar á las profundidades de la humanidad. Del seno de lo infinito el Verbo cae en Belen: entre estos dos extremos, entre este punto de partida y este punto de llegada se desarrolla un plano infinitamente inclinado, que en el uno de sus extremos tiene la infinita perfección de Dios, y en el otro extremo la infinita miseria del hombre. Así nace el progreso cristiano: como Jesucristo que lo personifica, nace pequeño: *parvulus natus est*.

¡Oh misterio! oh misterio de la humildad! mil veces durante mi vida te he meditado; ¿te he comprendido á lo ménos? ¡Oh Belen! oh pesebre, donde descansa en su anonadamiento el verdadero Dios que adoro! cuántas veces os ha visitado mi pensamiento, cuántas veces se ha derramado ante vosotros mi corazón! cuántas veces me he prosternado delante de vosotros! Pero, ó Dios de Belen, después de tantas visiones en las que mi fe buscaba en vuestra sombra el secreto del porvenir, después de tantas efusiones de mi amor delante de esta cuna en la que se me aparecía vuestro amor, después de tantas adoraciones en las que hubiera querido imitar la profundidad de vuestros anonadamientos con la profundidad de mis prosternaciones, ¿lo he comprendido bien, Dios mío? ¿y tendré yo la dicha de proferir con mi boca una palabra, aunque no sea más que una palabra de este inefable misterio? ¡Ah! en la imposibilidad en que me hallo de comprender y de decir, una revelación se me ha hecho: al través de estas profundidades infinitas he visto una verdad, brillante como la estrella que guió á los Magos, que se desprendía pura de toda sombra en este silencio, en este abatimiento y en esta obscuridad; yo he hallado el sentido del enigma que tanto atormentaba mi pensamiento, y he creído oír como una voz que cantaba en mi alma: Hé aquí el progreso que comienza, el progreso es la *humildad*.

¿Qué necesidad tengo de seguir por más tiempo la marcha de mi

divino reparador sobre este camino en donde va á bajar siempre hasta que haya tocado el fondo de sus insondables humillaciones? Después de haber dicho su nacimiento, ¿qué necesidad tengo de decir todavía ni el misterio de su vida ni el misterio de su muerte? Su vida yo la conozco: es una carrera en la que él se precipita, como de etapa en etapa, del anonadamiento al anonadamiento. Y su muerte, ¡ah! ¿qué otra cosa es sino la consumación del anonadamiento? *exinanivit semet- ipsum*: anonadamiento en Belen, anonadamiento en Nazaret, anonadamiento en el Calvario; anonadamiento en todas partes, siempre anonadamiento.

Así ha marchado desde el cielo á Belen y desde Belen al Calvario aquel que quería llevarse la humanidad en su propio movimiento: caídas infinitas que solo un Dios podía hacer, y que no pueden medirse sino por la grandeza de aquel que cae.

Ahora pregunto: Jesucristo en este movimiento que le ha hecho bajar de lo infinito hasta el anonadamiento ¿ha quedado solo? ó bien, ¿ha determinado realmente en la humanidad un movimiento descendente? El Dios de la humildad ¿ha podido crear la regeneración de los humildes para que le siguiera? La historia, Señores, os responde; ella dice al que pregunta: Sí, Jesucristo ha determinado, en la humanidad que se ha incorporado á él, el movimiento que á sí mismo le lleva. Sí, después de este descenso de Dios hay una humanidad que tiende á abajarse. Sí, diez y ocho siglos hace que hay un pueblo de humildes, apasionado imitador de su Dios anonadado.

A la otra parte del Calvario veo una humanidad que al pasar por los siglos va gritando: « *Ascendam*: subamos, subamos todavía, y si es posible subamos hasta Dios. » Y de esta parte del Calvario veo otra humanidad que pasa gritando: « Bajemos, bajemos todavía, y si es posible, abajémonos hasta la nada. » Antiguamente se creía, que para imitar á Dios era necesario subir, y la humanidad se exaltaba hasta el delirio, y en sus propios vértigos se desmayaba; pero hoy día para imitar á Dios cree la humanidad que no hay más que descender, y ella descendiendo efectivamente sobre este plano inclinado por donde marcha el Reparador. Como el mundo pagano aspiraba á todas las exaltaciones, hay un mundo cristiano que aspira á todas las humillaciones: aquel se precipitaba á la gloria, este se precipita al menosprecio. Gran

número de personas atraviesan los siglos, haciendo ver la sola ambición que es digna de ellas, la ambición de abajarse. Yo veo capitanes radiantes de gloria que desechan las insignias de la gloria: veo á los mas ilustres de la tierra, resplandecientes con el brillo de los honores, que arrojan de sí todo el brillo de los honores: veo á príncipes y princesas, á quienes el mundo prepara triunfos, que desechan los triunfos que les prepara el mundo; para ser desconocidos, vivir ocultos y ser despreciados, abandonan castillos, tronos, cetros, palacios, y piden á la oscuridad de un nombre el secreto de ocultar en sí mismos el esplendor del nacimiento. Se diría que las condiciones de la vida se han cambiado enteramente: el abatimiento voluntario, tan repulsivo siempre á la humanidad soberbia, ejerce sobre esta nueva humanidad una fascinación misteriosa. No se sabe como esta pasión por el abatimiento ha tomado posesión de las almas; lo cierto es que ella las posee. Verdaderamente la humanidad está sublevada, la gran revolución está hecha: el milagro que deseábamos ahora mismo, se ha verificado: la humanidad ha cambiado enteramente; ella es *humilde*. No hay duda de que en el seno de esta humanidad que ha visto la humildad de Dios, subsiste todavía la soberbia del hombre; la naturaleza sobrevive á esta gran derrota del orgullo, y le da perpetuamente la fuerza para tener desplegada la bandera de Satanás; pero el movimiento está dado, y este movimiento ya no se parará; una cosa nueva ha aparecido en la humanidad, ella subsiste en los verdaderos discípulos del Cristo; y para esta cosa desconocida hay una palabra que tampoco se conocía, y esta es: *humildad*. Y lo que es todavía mas prodigioso, esta palabra *humildad* se ha hecho la señal de la grandeza y la bandera del Progreso.

Sí, Señores: por una contradicción aparente, que es la armonía profunda del cristianismo, esta palabra *humildad*, señal del abatimiento voluntario del hombre, se ha hecho la señal de su engrandecimiento. En el fondo de toda restauración, en el principio de todo progreso el cristianismo pone como condición primera el abatimiento voluntario del hombre. Así lucha este contra el orgullo, principio de nuestras decadencias, mediante la humildad, principio de nuestros progresos. Satanás quiere arrastrar la humanidad á su propio movimiento: él se elevó, y despues cayó, y empuja al hombre á la imitación de su or-

gullo para arrastrarle á la imitación de su caída; exaltar al hombre para precipitarle es la estrategia de Satanás, es la divisa escrita sobre su bandera. Jesucristo también quiere llevarse la humanidad á su movimiento: él baja, y une á sus abatimientos divinos toda la humanidad que le sigue; pero ¿por qué? Para elevarnos hasta su propia grandeza. Ese niño, que ha partido de este abatimiento infinito, va á crecer en sus mantillas, va á crecer hasta la plenitud del hombre perfecto; despues, dilatándose en su cuerpo místico al través del espacio y del tiempo, se llevará la humanidad incorporada á él en su divino crecimiento.

*Ecce mysterium vobis dico.* Hé aquí, Señores, la verdad-madre, el dogma-principio en el progreso, tal como lo comprende el cristianismo. Jamás ha buscado el cristianismo, ni buscará jamás para la humanidad otro secreto de engrandecimiento, otra vía de rehabilitación. El cristianismo que es todo lo contrario de Babilonia, ciudad de orgullo, edificada para el orgullo, y elevándose en el orgullo para caer bien pronto por una irreparable decadencia é irremediable ruina; el cristianismo, digo, es la ciudad de Dios en el universo, y su fundamento es la humildad: él se hace grande y se eleva por la humildad y en la humildad, apoyado sobre Jesucristo que se abaja hasta la nada para servirle de fundamento, pero para levantarlo todo consigo mismo hasta la perfección, la beatitud y la grandeza de Dios. Tal es nuestra ciencia del Progreso; ella se resume toda entera en esta contradicción sublime: *abajarse para elevarse, disminuirse para agrandarse*. Este es el dogma y la práctica todo junto. El cristianismo dogmático es Dios abajado hasta el hombre; el cristianismo práctico es el hombre que se abaja con Dios, pero para volver á subir con él; porque el que vuelve á subir es el que ha bajado, y toda humanidad que baja con él en su humildad, sube con él en su gloria, y halla en su abatimiento el secreto de su grandeza: *qui se humiliat, exaltabitur*.

Tal vez habrá algunos entre vosotros, que al oír estas palabras que desconciertan la sabiduría humana, estén tentados de decirme lo que se dijo á un apóstol diez y ocho siglos atrás: *Nosotros te oiremos otro día hablar de este asunto*.

¡Ah! si me dijerais esto, Señores, yo os diría á mi vez: No otro día, no mañana, no, es necesario oír hoy mismo esta revelación cristiana